

Q.F.B. Sergio Antonio Salazar Lozano M. en C.

El mundo ha cambiado. La vida en el 2020 ha sido distinta de nuestra experiencia cotidiana previa para los que estamos vivos hoy en México. Y esto es solo el principio. El resto del año no pinta muy distinto y, siendo realistas, tampoco el 2021 y tal vez el 2022 vayan a ser mucho mejores.

Este nuevo coronavirus ha demostrado tener la capacidad de colapsar los sistemas de salud de cualquier país del mundo, México claramente no es la excepción. El SARS-CoV-2 no tiene, a la fecha, un medicamento específico que lo ataque directamente de forma eficientemente demostrada, ni cuenta tampoco con una vacuna que lo prevenga. En este momento nos encontramos precisamente en excelente oportunidad de ponderar sobre lo increíblemente afortunados que hemos sido hasta el día hoy por vivir en el siglo XXI, un siglo con vacunas eficientes y seguras, antibióticos y antivirales. Si alguien tenía alguna duda del valor de estas armas de la medicina moderna hoy puede ver sus incógnitas disipadas; así se vive en un mundo acechado tan solo por un virus sin tratamiento ni vacuna, solo uno.



¿Qué nos queda por hacer? No mucho más de lo que podíamos hacer cuando no contábamos con la medicina moderna. Los propios términos médicos que utilizamos hoy cotidianamente son antiguos o medievales. Los orígenes de las prácticas de aislamiento social los podemos ver ya en Levítico 13, donde el texto se lee como una prescripción médica antigua para diagnosticar y aislar al paciente afectado por Mycobacterium leprae. En el medievo en Europa, si Pasteurella pestis se encontraba azotando alguna provincia, las provincias aledañas colocaban cercos militarizados para evitar el cruce de personas o bienes a su provincia. Finalmente, en el siglo XIV, habiendo deducido que la plaga podía ser transportada por barcos del Levante a Venecia, se estableció un tiempo de aislamiento que empezó siendo de 30 días pero terminó en 40. La cuarentena así se justificó “razonablemente” como el tiempo

que tardaron tanto Jesús como Moisés en el desierto en aislamiento. Así pues, nos encontramos en pleno siglo XXI limitados a aplicar tácticas antiguas, que funcionan, pero preferiríamos contar, en este caso, con antivirales y vacunas.

¿Por cuánto tiempo seguiremos así? Esta es una pregunta difícil de responder. Según expertos de la Universidad de Harvard que publicaron un estudio en la prestigiosa revista Science debemos esperar que en los próximos inviernos resurjan brotes de SARS-CoV-2 en todo el mundo. Idealmente los sistemas de salud no deben verse rebasados, lo que conlleva un mantenimiento de prácticas de aislamiento hasta el año 2022. La proyección considera que debemos lograr inmunidad de la manada, es decir, lograr una masa crítica de seres humanos inmunes (ya sea por infección o por vacunación) que sirvan de

barrera efectiva para aquellos inmunológicamente ingenuos. La guardia no debe bajarse antes de tiempo y piden estemos previstos para seguir monitoreando la prevalencia de este peligroso virus de forma cercana probablemente hasta el 2024 para evitar nuevos brotes potenciales. Todo esto debe ser tomado con reserva, ellos mismos lo advierten. Ahora bien, también existe la posibilidad de que SARS-CoV-2 se vuelva un patógeno más del cual cuidarse, en otras palabras, que haya llegado para quedarse.

Es justamente su plausible persistencia la que debe motivarnos a no claudicar en nuestras medidas de aislamiento social. Conocemos sobradamente la naturaleza humana, la historia nos informa sobre ella. En la Europa medieval en tiempo de la plaga las respuestas iban del pánico a la perversión, y claro, pasando por la valentía y

Lister Laboratorios

Paul P. Harris #102 Fracc. Vista Hermosa, Tampico, Tam.

TELÉFONO: (833) 800 16 44 al 47

www.lister.com.mx

la moderación, que también forman parte de nuestro repertorio de respuestas. En aquellos tiempos el clero fue golpeado de forma desproporcional, por su sentido del deber a atender a su congregación, ahora son los profesionales de la salud las ocupaciones más vulnerables, precisamente por los mismos motivos. Cada vez que salimos de casa innecesariamente, que no seguimos las recomendaciones de higiene, distanciamiento y uso de cubrebocas fuera de casa, no solo nos ponemos en peligro en lo individual, ponemos en peligro también a aquellos más cercanos a nosotros y a desconocidos con los que cruzamos camino, pero también al personal de salud que se encuentra exponiéndose a diario, no por gusto, sino por un alto sentido de responsabilidad y del deber. Los profesionales de la salud asumimos estos riesgos diariamente porque precisamente para esto nos preparamos y no vamos a fallar ahora, desgraciadamente, al igual que

aquellos que se exponen irresponsablemente, también ponemos en riesgo a nuestros seres más queridos, como nuestros hijos, quienes no eligieron arriesgarse. La alternativa es aislarnos aún más y sacrificar, además, la vida en familia.

Este no es el momento de cansarse, no es tiempo de indiferencia, no es la ocasión de rebelarse o ser “libre”. Como seres humanos, ¿para qué nos sirve la libertad si no es para ejercitar nuestra humanidad? Si nuestra naturaleza es social, y que no quede duda que lo es, ¿por qué la postura irreflexiva que atenta contra la salud y la vida de nuestros congéneres? Incontables seres humanos la han pasado peor en distintos momentos de la historia de la humanidad. Yo me pregunto, ¿será que nos malacostumbramos a un estado de confort inaudito que hoy no podemos tolerar una cuarentena? Para muchos, una cuarentena con incontables comodidades que solo

podíamos tener en este siglo XXI.

Lo cierto es que la experiencia de esta emergencia de salud es casi tan variada como mexicanos existimos, porque hoy en México hay quien está pasando hambre desde hace semanas y probablemente quien ha pasado toda la cuarentena con ciertos lujos. Nadie puede pedirle al primero que no salga a buscar el pan para él o ella y para su familia, pero el segundo –si puede trabajar a distancia- debe quedarse en su casa mientras no tenga una justificación de peso para salir. “Aplanar la curva” es no saturar los servicios de salud para garantizar que quien lo requiera, cuente con todo el apoyo que el cuerpo de salud pueda brindar y así maximice sus probabilidades de vivir y minimice sus probabilidades de sobrevivir con secuelas o complicaciones. Aplanar la curva implica sostener el distanciamiento social y cambiar el status quo. El mundo ya cambió, ahora debemos cambiar nosotros.

